

CONTAME TU VIDA

(emch)^{*}
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

CONTAME TU VIDA

TALLER LITERARIO COORDINADO POR

GABRIELA CABEZÓN CÁMARA

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos
Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila
Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo
Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Marrzo 2019

Editorial Municipal de Chivilcoy

Contame tu vida. Taller literario a cargo de Gabriela Cabezón Cámara durante los años 2017 y 2018. **#TallerCultura**

Participantes:

Stella Maris Ambrusso / Claudia Gabriela Bornand
Betty Arizaga / Graciela Bustos
Zulma Cavalieri / Nadia Cecha
Lucas Damián Cortiana / Carla De Lillo
Daniel Dólera / Patricia Edith Graziadei
Marta Izaguirre / Aida La Scala
Carlos Héctor Lapenta / Gloria Matazza de Bacca
Damián Riggio / Mirta Santucci
María Clelia Soria / Stella Maris Soria

Edición: Gabriela Cabezón Cámara y Federico Capobianco.

Diseño y diagramación: Federico Capobianco

Impreso en **ilustre Digital S.R.L.**

Av. Soárez 124 – Chivilcoy - Bs. As. - Argentina.

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

PRÓLOGO

Suele hablarse de la dificultad de acceder a la publicación. No era tan cierto hace tres años, pero ahora es indiscutible. Está muy difícil: esta edición es ocasión de una fiesta. Pero hay algo previo, algo que vuelve secundaria incluso esa instancia que nos es tan grata a los escritores, la de ver nuestros textos editados: acceder a la idea de que nosotros podemos escribir, de que eso es posible para nosotros. De un modo u otro, las personas que se acercaron al taller que tuve la suerte de coordinar en Chivilcoy, se apropiaron de esa posibilidad. Con algo de timidez al principio, una timidez que a veces las llevaba a decir lo que, creían, debían decir. Y en ese decir medio máscara empezaba a notarse algo de la apropiación: porque cuando alguien se sienta y escribe, así sea con la fórmula escolar “desde estas hermosas playas, esperando que tú y los tuyos estén bien”, por pensar en alguna bastante universal para algunas generaciones -todas las generaciones ligamos las nuestras-, se empieza a abrir algo. Porque esa persona después se para y se lo lee a los compañeros, -compañeras, en su gran mayoría- de taller. Y asoma alguna singularidad. Y los

demás la leen y la reconocen y en ese reconocimiento la singularidad se afirma y avanza. Entonces el relato de la vida “perfecta” y, por ejemplo, es el caso de una de las concurrentes que quise un montón, el marido “ideal”, vuelve a las dos semanas transformado en otro relato y la vida que se cuenta es un poco más difícil, el marido bastante tarambana, las playas siguen siendo hermosas pero hablamos de vos, ya no de tú, y nos reímos todos porque la fórmula empieza a agrietarse y empieza a construirse una voz propia junto a las voces de los otros. Se abre, la singularidad, en el marco del colectivo, en este caso un grupo de chivilcoyanos que tienen lo suyo para decir. De Chivilcoy, que pasó, aun para el que nunca tuvo barrio pero para qué lo iba a necesitar con ese sentido del humor, de pueblo a ciudad próspera. De sus bares, de las reuniones de amigos que se suceden semana a semana en el mismo lugar mientras la gente se casa, se jubila o se va de viaje o, y sí, también, se muere. De las genealogías familiares presentes en un pobre gato enjaulado al que la niña hija del médico planeaba extraerle sangre para inyectársela a los árboles a ver si les crecían pelos. De la noticia de la propia paternidad llegando junto a la de la muerte del padre. Del amor, de los amores de una vida larga y llena de hijos y nietos, del amor que lleva a escribir un poema: a la gatita Frida. De amor, también, al trabajo, a las personas con las que se trabaja con amor y,

entonces, las homenaja en un texto a sus clientas la peluquera. Del pasado de estas tierras, de los malones y las cautivas, del aliento del malón, de los dueños anteriores de esta tierra, presentes en todo su esplendor y su fiereza en la boca de una abuela. De la amistad, de la carta deliciosa que Betty —la hermosa Betty— le escribió a Chocota para agradecerse. De Eva Perón y sus juguetes prohibidos. De los avestruces y su cogote larguísimo de seres de otra dimensión. Del acecho del pavo a la caperucita. De la afición de un enamorado por los solos de trompeta de su enamorada. De la decisión del migrante de dejar atrás su pueblo para empezar de nuevo. De la posibilidad, o no, de tapar el sol con las manos. Del tren que ayuda al que necesita huir. De decapitados. De bandas de niñas entrando por la ventana para saltar en la cama de resortes de los padres de una.

En lo personal, esos atardeceres chivilcoyanos precedidos de un par de horas de ruta verde, verde, verde a pesar de Syngenta y sus venenos, verde soja pero también verde monte y verde, verde trigo verde, fueron una alegría sostenida. Las lecturas y las charlas fueron cada vez más abiertas, más francas, más cálidas. Comimos galletitas y tomamos mate, comentamos nuestras vidas, la del país, la de nuestros padres, abuelos e hijos, la de nuestros amigos. Y algo de eso, de la red de afecto que se teje mate a mate y palabra a palabra, me hizo sentirme un poco, y alegremente, parte de

Chivilcoy. De esa hora, la del mate con galletitas. De esta gente hermosa que se larga a escribir a los 20 pero también a los 70, los 80 y los 90.

La edición de este libro es, entonces, doble fiesta: es un hecho cada vez más difícil según el manejo de la economía nacional va fundiendo al país y acá está con sus tapas y su hermosa tipografía. Y es la culminación del trabajo de un taller que fue, también, el tejido de una red de afectos y despertares a posibilidades nuevas. ¡Salud, queridas y queridos!

GABRIELA CABEZÓN CÁMARA

POR STELLA MARIS AMBRUSSO (ABUELA YAYI)

Los recuerdos más hermosos de mi vida que transportan a mi infancia, al barrio de “La Glaxo”, calle Maipú 877, sección cuarta de quintas, llamada así por aquel entonces.

Ahí nací, me crié, formé mi familia y allí conocí a la persona más querida del lugar: Doña Eustaquia Sosa una dulce anciana que falleció a los 105 años.

La recuerdo con muchísimo cariño y trataré de rememorar lo que nos contaba tomando mates bajo una enorme higuera, digo nos contaba, porque éramos un grupo de chicos que escuchábamos los relatos de su vida, tan rica y apasionante.

Ella había nacido un 20 de Septiembre de 1847 en una estancia cerca de Carmen de Areco, era la más chica de cuatro hermanos. Su madre, mulata y cocinera. Su padre, blanco y arriero, que al poco tiempo de nacer la pequeña, el ejército lo llamó para participar en la batalla de Caseros y jamás regresó.

Eustaquia se convirtió en una mestiza de cuerpo escultural, de cara bonita y hermosos ojos grises. A los 14 años ya “noviaba”

(según sus palabras) con el capataz de la estancia muy próxima a casarse.

Cierto día el cacique de una Toldería no muy lejos del lugar, se levantó en arenas y a la cabeza de un malón, llegó al lugar destrozando todo a su paso y se llevaron a Eustaquia, cuando recordaba esto sus ojos se llenaban de lágrimas, ya que nunca volvió a ver ni saber que había ocurrido con su familia.

Vivió en la Toldería con el cacique salvaje y déspota durante cinco años, ahí nacieron sus hijos, a los que les puso con orgullo su apellido: Sosa.

Un 20 de Octubre de 1866 cambiaría su suerte para siempre, ya que unos criollos pelearon con esos indios, matando al cacique, llevando a varios prisioneros. Entre esos criollos se encontraba Gabino Casas, un hombre bonachón viudo y mucho mayor que la “bella cautiva”, no fue más verla y enamorare perdidamente de ella, allí mismo le propuso casamiento y la llevo junto a sus hijos al ranchito de adobe donde transcurrió su larga y tranquila vida, el mismo rancho donde íbamos las tardes a escuchar esos relatos fascinantes.

Al recordar hoy todo esto, vienen nítidamente a mi memoria, esas historias que pienso contarles a mis nietos para que no se pierdan y sigan hablando por muchas generaciones de Doña Eustaquia Sosa: la abuela del barrio “La Glaxo”.

POR CLAUDIA GABRIELA BORNAND

LA PASCUA DE MI ABUELA

Los abuelos son para cualquier chico algo inolvidable y muy necesario, mi abuela fue un ser súper importante, genial. Tenía 6 años y era la Pascua una festividad religiosa que con los años ha sido devaluada ahora solo importan la navidad, por los regalos, o el día del niño o reyes, para mí y mi abuela la Pascua era una fecha especial, no solo era especial por encontrar a gran parte de la familia reunida, lo era por lo que rodeaba a toda esa mística pascual para los niños de la casa y los primos visitantes.

Siempre fui de meterme en la cocina “las ollas es lo tuyo” me decía mi mamá desde chiquita, y se enojaba porque hacía lío y derrochaba cosas como harina y huevos y en esos años, más aún en el campo, el derroche no estaba permitido, pero mi abuela me salvaba diciendo una frase que hoy recuerdo y le digo a mi hija “la única manera real de aprender es haciendo lío, la cocina es ensayo y error”. De esa manera en la Pascua del 69 tuve mi primer ensayo y error, yo quería cocinar un “gateau” que mi abuela hacía de

maravillas. Era una especie de tarta con crema y duraznos o a veces de queso, ¡exquisita!

Mi abuela dijo sí, me ayudó con la masa y la pusimos a cocinar en la reluciente cocina gris a leña y me dijo: “acordate dentro de un rato la vamos a ver cómo está no te olvides la comida hay que vigilarla, no tocar pero vigilar”.

Seis años, la visita de mis primos, me fui a jugar y de la torta me acordé 4 horas después, cuando le dije a la abuela me dijo vamos a ver y ¿que encontramos? El resultado esperado. Una suela negra. Lloré y lloré por mi torta pero nunca más en la vida se me quemó una, la nona sabia había hecho que aprendiera sin demasiado dolor una gran lección.

Así pasó la tarde del sábado de gloria, previa al domingo de pascua. Ya entrada la noche y luego de la cena, los primos más grandes se quedaban jugando lotería mientras a los más chicos nos agrupaban en habitaciones de nenas y de nenes para esperar el domingo.

El amanecer de otoño era en el campo esa mezcla de olor a tostadas con leche quemadita al volcarse en su hervor, fresco pero no frío con un tono amarillo que entraba por la ventana reflejo de los plátanos y fresnos que comenzaban a perder sus hojas. En esa fecha especial ella, mi abuela, nos preparaba huevos de chocolate

caseros que decoraba y envolvía con todo amor. Los decoraba con glaseé de azúcar y derretía el chocolate con todo cuidado.

Pero el gran evento sucedía el domingo de Pascua, durante la mañana cuando todos dormíamos ella escondía entre las flores del jardín esos huevos de chocolate envueltos en celofán para que por la tarde todos los nietos en gran algarabía, nos enloqueciéramos buscando el gran tesoro. Era una tarde inolvidable, buscar entre las dalias y las nomeolvides, las hojas secas de los fresnos y las verdes de los lirios, esos que había traído de su Suiza natal en su último viaje.

Por supuesto que, como en toda familia, no faltaban las peleas y el enojarnos con Rubén. Uno de los primos más grandes y gorditos que por apurado terminaba pisando algún huevo o peleando con su hermano más chico para ver quién encontraba más, o Kathy la flaca rubia que siempre lloraba en lugar de buscar y los más chiquitos que nunca llegaban a los huevos, pero para eso también tenía solución la abuela Claudina: una canastita con algunos más para evitar lágrimas.

Pasaron los años y todos los nietos seguimos recordando aquellas Pascuas de búsqueda del tesoro, de peleas, de risas y de caras llenas de chocolate.

POR BETTY ARIZAGA

SIEMPRE AMISTAD

Así entonces comienza mi primera amistad. Basada en una búsqueda de empleo. Año 1956. Suena el teléfono en mi lugar de trabajo. Es mi mami que me dice: “Betty, andá a ver un trabajo. Salió en el diario, Arenales 1662...”, “Ok ma” respondo. Y voy. Llego a la dirección citada. Una casa señorial, puerta de madera imponente; dos hermosos balcón/ventana a la calle, poco relacionada con alguna oferta de trabajo, onda bienuda, tirando a copetuda. Ahí estaba yo y ahí estaba esa casa. En la puerta de entrada había un grupito de aspirantes al puesto. Con una persona de ese grupo hubo un feed-back inmediato. Con ella compartimos esperas, entrevistas, evaluaciones y pruebas, tantas como necesitábamos para obtener el puesto. Nos aceptaron, ingresamos juntas al Palacio de Justicia y comenzamos nuestro raid laboral de la mano de una incipiente amistad. No sé si mi amiga Marta es mi hermana o un pedazo de mí. Creo que está ubicada en este último rango.

Compartimos solterías, noviazgos, casamientos, alegrías, pesares, vacaciones, hijos, renunciaciones por nacimientos de nuestros hijos; más alegrías cuando ya crecidos éstos, pudimos compartir nuevos trabajos y finalmente nuestros casi 20 últimos años laborales antes de jubilarnos.

Y así seguimos nuestras vidas con estos insólitos 60 años de amistad ininterrumpida cumpliendo con lo que dice el diccionario: “cariño mutuo y confianza”. Confianza en lo que pensábamos, hacíamos y decidíamos. Cuando hablo de decidir, me transporto a esta época, el momento en que comencé a pensar en dejar Bs. As. por una cuestión de afectos. Así pasó: habiéndose trasladado cada una de mis hijas a ciudades del interior diferentes y sin vínculos cercanos luego del fallecimiento de mi esposo, acomodé mi vida de alguna manera. Tenía algunos parientes políticos y grupos de amigos con los que compartía ratos agradables. Pero mis vínculos reales (mis hijas y sus familias) hacían que viajara con asiduidad a Campana o Chivilcoy para verlos. El detonante de mi partida de Bs. As. fueron los afectos que dejaba cuando regresaba a Capital. Le di pensamiento y comencé a elaborar mi proyecto de mudanza. Elegí Chivilcoy como mi lugar de residencia. Todo bien y normal dentro de sus límites. No quería separarme de mis amigos, pero debía seguir el proyecto de mudanza.

Bueno, me dije, que sea lo que Dios quiera y se nota que Dios quiso porque en julio de 2010 me encontré acá, en la ciudad elegida. Todo ok y superando mis expectativas más ambiciosas. Un abanico de puertas se me abrió y comenzó mi vida amistosa y social.

Vascos, parroquia, espectáculos, viajes, todo eso me mostró personas de una enorme calidez, solidaridad y un corazón que se ofrecía a la vida y al amor.

Gracias gente linda, gracias por permitirme acompañar y compartir sus días. Les agradezco a todos y a cada uno de ustedes.

Gracias Chocota por tenerte en mi vida, por compartir mucho conmigo, por acercarme a tu casa y por invitarme a este Taller Cultural Literario, que seguramente nos dejará conocimientos y enseñanzas, más aún... la posibilidad de conocer a mis compañeros de ruta, y al alma mater de este taller, nuestra coordinadora Gabriela Cabezón Cámara.

LO QUE MÁS ME GUSTA DE CHIVILCOY

Al momento que nuestra profesora nos propuso escribir sobre "lo que más nos gusta de Chivilcoy", ahí mismo, en ese instante, mi mente ya tenía la elección hecha. En realidad, lo que más me gusta de esta ciudad, es la Sociedad Francesa. Y la elegí porque su sede social es uno de los edificios más antiguos de la región, por su contundente arquitectura, por su escalera tan señorial ella, pero principalmente la elegí por su historia de vida. Sí, esa historia que en determinado momento le hizo un "touch" a la mía, dejándome en esa fracción de segundos intangibles huellitas que aún perduran y luego comentaré.

Ahora vamos a lo importante de la elección.

La Sociedad Francesa de Socorros Mutuos fue fundada como tal el 1º de mayo de 1865. En esos tiempos remotos, se caracterizó por sus fines mutualistas para cobijo y protección a los inmigrantes franceses que llegaban a Chivilcoy.

Así pasaron los años y las que habían nacido como mutuales, comenzaron a mutar hacia otras alternativas, por lo cual, la institución se volcó paulatinamente a constituirse en un centro cultural, que a través del tiempo nos muestra hoy modernas instalaciones que brindan cultura y ofrecen actividades artísticas

en todas sus disciplinas. Podemos destacar la música en rangos diferentes: solistas, dúos, grupo orquestal, voces y un sin fin de normas acordes con las interpretaciones. La Sociedad también nos da la posibilidad del disfrute de exposiciones, conferencias, encuentros corales y un amplio espectro de cultura intelectual y artística que la caracteriza.

Esta inmensidad de bellas artes y ciencias sociales que mencioné anteriormente, guardan en sí mismas, caricias para el alma del que pasa por la Sociedad Francesa.

Como corolario diré que, a nivel personal he recibido yo también esos mimos en forma de gajitos de amistad que han sabido florecer en mí y que no son otra cosa que las huellitas que marcaron mi vida.

POR GRACIELA BUSTOS

COSAS DE NIÑOS

¡¡¡Apurate!!! ¡¡¡Corré!!!... Nos van a retar.

La caja grandota del juego “La Pequeña Modista” se escapaba de las manitos enganchándose en las puntillas y volados del almidonado vestido. Rulos rubios saltaban frente a sus ojitos achinados, que parpadeaban inquietos.

Su hermano pateaba la número cinco sin esfuerzo, mientras ella se deslizaba por toda la vereda, compartiendo la alegría que le pintaba una gran sonrisa y hacía brillar intensamente sus ojos negros.

Descansaron un poco, estaban tan agitados que no podían respirar.

Ella aprovechó para levantar la roja tapa de la caja. Un maniquí precioso, rodeado de hilos, agujas y tijeras le hacía guiños. La emoción apretó su garganta, pensando en todos los vestiditos que haría a su única muñeca.

¡¡¡Apurateeeee!!!, gritó su hermano mientras tiraba su mano con fuerza.

Frenaron frente al umbral blanco de mármol de la casa vieja, justo cuando el camión con los parlantes volvía a repetir: “Niños y niñas Los esperamos en el Correo. Hay juguetes para todos. Niños y niñas...”

Se miraron triunfantes y entraron corriendo por la puerta que estaba abierta día y noche. A los tropezones cruzaron el patio con macetas de malvones rojos.

Empujaron la puerta destartalada de la cocina sin tomar aliento y enarbolando sus tesoros con ruidosas exclamaciones.

Sentado en una silla de paja tomaba mate su padre, en un rincón tejía bolsitas de hilo su mamá. La ruidosa alegría infantil rompió el silencio y chocó contra el ceño adusto del padre.

Con paso lento, arrastrando los pies, tomados de la mano, sin mirarse ni hablar hicieron el camino de vuelta. La caja estaba pesadísima y la pelota se escapaba de las manos.

Niños y niñas Los esperamos en el Correo. Hay juguetes para todos. Niños y niñas...” se volvía a escuchar.

Al llegar intentaron abrirse paso entre los niños.

Nadie los escuchaba.

Dejaron el juego La Pequeña Modista y la pelota de cuero N°5 junto a la pila de juguetes listos para entregar, con los ojos llenos de lágrimas y ahogados por la tristeza.

Nadie los consoló.

Su hermano la abrazó cuando la pequeña preguntó ¿Quién es Evita?

POR ZULMA CAVALIERI

RECUERDOS MOQUEHUENSES

LAS PALABRAS NO DICHAS

Bar de paredes calladas. Bar de pueblo. Mesas de latón oxidado con vasos opacos. En el piso deslucido, los destellos de luz mañanera estampan monigotes temblorosos.

Y en el rincón, aferrado a su copita de ginebra, doblegado por los años, el viejo Pepe.

Es solo mudez y la mirada hueca se pierde vaya a saber entre que olvidos.

Bebe y carraspea como sostenido por una burbuja transparente.

Y ahí, como dibujada, llena de luz, aparece Elena, la maga. Necesita despertarlo de sus silencios, abrir los candados de palabras no dichas. Elena sabe que en ese rostro apergaminado del viejo, entre las grietas de la boca, permanecen atrapadas miles de voces sabias, voces milenarias.

Y como en un vuelo de amor, con esa energía abrumadora, Elena desliza sus manos hacia la piel fría.

Cuentan los parroquianos, que es en ese momento que el milagro se produce la burbuja estalla en miles de letras vibrantes, las letras se unen en un bailoteo de colores formando palabras, esas palabras no dichas, de soledades, de descariño, palabras de dolores no apaciguados, de ausencias.

Como en una ofrenda sagrada, la buscan y la envuelven, suben por las piernas de la maga, aprietan sus muslos vigorosos, se acurrucan en su vientre, florecen en la cintura elevándose cantarinas hacia la turgencia de sus pechos, beben de sus pezones, se adormilan en las tibias axilas; las más pícaras rozan los labios sorprendidos, y, como en una despedida, se entrelazan en la cabellera.

Y el viejo Pepe, agitando débilmente sus huesos, se pierde entre las calles sin nombre. Estaba purificado.

ALAS Y RECUERDOS MOQUEHUENSES II

Querida amiga, hoy traigo con este placer que desborda mis horas serenas, un huracán de imágenes nítidas, vibrantes, perfilándose en esa cancha de tenis.

Nosotras, jóvenes aún, desplegando aquellos brazos alados hacia los distintos puntos cardinales; recorriendo, a saltitos, la cancha roja y húmeda; enarbolando con noble prestancia nuestras raquetas, éramos, casi casi, un cuadro gracioso, pampeano- Paso a explicar.

De niña y con mucho asombro en mis ojos nuevos recorría la (insondable) llanura bonaerense.

Fui descubriendo animales emplumados, de largos cogotes enhiestos, vigorosas patas elásticas y con el plumaje alborotado por el pampero.

Aún los veo, arrogantes, abriendo los alones grises de plumas largas y brillantes, agitándose en carrera loca hacia sus nidos de forma que, con patas, alas y cabeza firmes resurgiendo de ese cogote larguísimo, parecían seres de otra dimensión.

Y así, con esa fiera imagen pampeana, me vi y te vi. Nos transformábamos en ágiles avestruces lanzados hacia el horizonte rojo de nuestra cancha de tenis.

POR NADIA CECHA

El viento me susurró al oído que las mandarinas tenían algo que decirme. Ellas me lo contaron todo entre desayuno, merienda y cena.

Yo fui una semilla descuidada que se le cayó a mi padre, mientras araba la tierra en la quinta de mis abuelos. Linda sorpresa se llevaron en el medio de la huerta. Si bien nunca lograron que me quedara quieta, las raíces, extrañamente, me seguían adónde fuera.

En la quinta no había sentido que no me convocara.

Desde el aroma del ahumador de mi abuelo, revisando las colmenas, el canto de cada ave que mi abuela defendía a capa y espada de sus hijos y también nietos. De verte, abuela, alimentando gallinas, conejos y todo ser con hambre. O cuando nos usabas de devanador mientras hilabas lana con pelo de conejo y aprovechabas para contarnos algún cuento o vivencia. A sentir el barro madre, purificando mi cuerpo, mientras competíamos con mis hermanas por ver quién juntaba más sapos en un balde.

Una de las tantas memorias cuenta que Schefina o Estefanía, mi abuela, me mandaba al gallinero a juntar huevos, mientras una media sonrisa se dibujaba en su cara, de niña traviesa. Ella sabía que ahí se encontraba mi némesis.

Con tan solo 4 años cumplidos, el pavo que había ahí abría la cola y era más alto que yo y como si no fuera suficiente, me odiaba con locura. Era algo así como el guardián de los huevos, que por cierto de oro no eran, a juzgar por las veces que se me rompieron.

Era mi misión imposible. Entrar en el gallinero de 50 metros cuadrados sin que la puerta chirriara y me delatara, se había convertido en todo una ciencia para mí. Ni contar que sacarle los huevos a las gallinas sin que cocorearan me daba ganas de aplaudirme sola, pero aprendí a no hacerlo.

Cada dos segundos espiaba por debajo de las conejeras para tratar de localizarlo de lejos y saber, en todo caso, hacía dónde correr.

Nunca voy a saber cómo lograba, en un segundo de descuido mío, aparecer corriendo a mis espaldas, indignado. A su grito de ladrona yo lo que no podía lograr era llevarte un solo huevo sano.

Aparecía en la casa, sucia y pálida, con un omelet mal hecho dentro de la canastita y te veía, te disfrutaba, aún con 4 años, reírte hasta las lágrimas mientras te tenías la panza.

No había enojos ni rencores; sólo la diversión.

Aunque te dije, abuela, que para mí el que más disfrutaba era el pavo.

POR LUCAS DAMIÁN CORTIANA

No puedo cantar bajo la ducha,
Me trago el shampoo durante los estribillos;
y me creo Pavarotti y abro la boca grande
tanto como para comerme un melón
de un bocado.

Así las cosas, tampoco puedo amarte como debiera.

Porque te amo como una tarántula a sus crías,
a veces dándote de comer huevitos de moscas,
otras veces, arrancándote la cabeza
de cuajo.

Y el sexo.

¿Has visto a esas nutrias en la laguna
mordiéndose las orejas, lamiéndose el barro
hasta empacharse,
una mezcla de ternura y repugnancia?

Así. Así nosotros.

Y como los hámsteres que teníamos,
en una caja de zapatos,

apareándose en verano
con la felicidad de los que son llamados
al cielo
de la naturaleza.

Pero eso te divierte, estoy seguro,
por la manera en que me llamás por teléfono
hola amor, vení a cocinarme
comida de microondas
vení a besarme debajo del muérdago
vení a cepillarme los dientes
a restregarme la ropa sucia
a plumerear el polvo entre los libros
a pintarle las uñas a mi alma
a encintarme con scotch
el corazón pulverizado
vení a cantarme un bolero
de Manzanero, bajo la ducha
y soplá, soplá mucho, cariño,
porque me gustan
los solos de trompeta.

POR CARLA DE LILLO

LÁZARO

El día gris, lluvioso, frío, parecía un reflejo de sus emociones.

La rutina del trabajo, la casa, el barrio, las caras, los pronósticos del clima, las historias del pasado, las verduras desabridas y las calles mojadas: todo giraba a su alrededor como un espiral infinito, como la misma película mil veces proyectada.

Lázaro miró otra vez por la ventana. Esperaba que algo cambiara, que algo lo despertara, lo sacara de esa monotonía enjaulada, de esa angustia empañada que había borrado sus recuerdos.

Cansado de ese paisaje monocromático, de recorrer siempre la misma cuadrícula. De andar sobre sus propios pasos. Con pensamientos enredados y retorcidos que luchaban atormentándolo cada noche sobre la almohada.

Se había decidido a cambiarlo todo, por fin no dudaba. Ya no sentía las ataduras de otros tiempos, ni los deseos de los demás como suyos.

Se había despertado con otros ojos.

Quería sentirse vivo, recuperar los colores, la felicidad. Lo dejaría todo, aunque nadie lo entendiera, aunque todos dijeran que no debía irse.

Cómo explicaría lo que sentía. La pesada tristeza que marcaba sus días, sus pensamientos, sus palabras. Lo tildarían de loco. Jamás lo comprenderían.

Solo Lázaro sabía lo que era sentirse ya muerto. Qué podría perder, si ya nada le importaba.

Salió de su casa, casi arrastrando los pies. El cuerpo le dolía, le pesaba el alma.

Cruzó la calle, sin mirar.

Ahí estaba, brillante, redonda, roja. Su mente se perdió por un momento. Una brisa fría lo levantó por detrás. Sintió que volaba. El sol casi blanco, lo iluminó. Un perfume de rosas lo acarició. Se sintió caer.

Un manto eterno, rojo, infinito, lo cubría. Se sintió feliz. El pecho le explotaba. Su corazón latía tan fuerte, vibraba, sin miedo. Un fuego interno lo invadió de gozo y emoción. La vida le mostraba un nuevo comienzo.

POR DANIEL DÓLERA

SOL

Un niño de Francisco Madero, partido de Nueve de Julio, tapó el sol con su manito de nueve años.

Había escuchado en conversaciones de mayores, que los asuntos de la vida a veces se ponen fuleros, y difíciles de acomodar, como querer cubrir el sol con las manos. Sin embargo el niño de Francisco Madero estaba sentado ahí, en medio de la pradera pampeana, entre mugidos de vacas, con un brazo en alto eclipsando el sol del meridiano y con la otra mano dibujando nubes oscuras de adultos.

POR PATRICIA EDITH GRAZIADEI

ABUELO INMIGRANTE

(En homenaje a mi abuelo Santos Antonio Maniscalco)

Momentos de angustia,
incertidumbre y desapego
aparecen en su rostro anguloso
de mirada diáfana.
Las manos callosas
son huellas de trabajo duro.
Tiene sentimientos encontrados
y una camisa, un pantalón,
un sombrero, un trombón,
una valija custodiando recuerdos,
una foto de familia en sepia y
muchas ilusiones.
Zarpa el barco.
Algunas lágrimas
surcan su rostro.
En su tierra natal quedan
familiares, recuerdos,
y emociones.

VIEJA ESTACIÓN PUEBLERINA

Un sábado nublado de otoño, Wilfredo llegó a la vieja estación de trenes del paraje solitario con un dejo de tristeza que se percibía en su rostro de facciones adustas. El edificio, junto al cañaveral, era uno de los pocos que quedaban en el pueblo. Refugio de perros vagabundos y linyeras, y colmada de historias tristes. Apoyado en las añejas columnas de hierro, con sus manos rústicas endurecidas por el trabajo rudo en el campo, miraba fijo cómo los árboles habían cambiado y los diversos tonos de verde se habían transformado en rojizos, amarillos, ocre, o anaranjados, como cada día de su vida, como se sentía en ese instante. Tímido, desde niño anheló un futuro de éxito. Su pueblo no le ofrecía nada. No se detuvo en el deseo. Pero nunca abandonó las huellas de su origen y de esa soledad provocada por una madre ausente, y por el amor por su padre, que vio sufrir y trabajó incansablemente para criarlo a él y a sus hermanos menores.

El frío calaba sus huesos en la espera. Recordó las largas noches de insomnio y la sensación de entrar en un túnel muy oscuro y con salida incierta.

A lo lejos, observó la máquina del tren y la bocina retumbando que anunciaba su llegada. Tomó su bolso con poca ropa y algunos recuerdos familiares, y se apresuró a subir como si el vagón lo protegiera y fuera el refugio de su soledad. Los vagones venían vacíos como su corazón. Con la cabeza gacha, con la mirada perdida, vencido, comenzó a llorar de impotencia. Necesitó emigrar para buscar un porvenir en la ciudad. Un porvenir que deje atrás la angustia.

POR MARTA IZAGUIRRE

MEDITACIÓN I

En la escultura la cabeza está separada del cuerpo. El cuerpo queda solo, descabezado, incompleto.

¿Y la cabeza? Cuelga.

Cuelga de hilos amarillos, tensos, que la dejarán caer en ríos de sangre abastecidos por migrantes.

La escultura, ausente de sí misma, camina hacia el pedestal preparado por muchos cuerpos sin cabezas y por muchas cabezas sin cuerpos.

El pedestal y la escultura se rompen; fragmentos cada vez más pequeños son utilizados para trabajar en red.

POR AIDA LA SCALA

AMO LA ÓPERA PORQUE...

Cuando estamos en el ocaso de nuestra vida, los recuerdos llegan con su carga de nostalgia.

Me gusta la música, amo los libros, es por eso que recuerdo entre otras cosas a mi Padre. A su lado, siendo una chiquilina escuchaba conciertos que pasaban por la radio, sobre todo óperas.

A lo largo de mi vida la música y los libros fueron los que me ayudaron a soportar a veces momentos difíciles. Y recuerdo el primer libro que me regaló papá: *Amalia*, de José Mármol.

Hoy que han pasado los años, que disfruto de las pequeñas cosas que a veces no sabemos ver, todavía me acuerdo de aquella niña que fui, un poco soñadora, enamorada de la vida, inventando personajes mientras jugaba al teatro, imaginando ser la heroína de alguna obra famosa. Que no le gustaba la siesta, ni el ladrido de los perros, ni el silbato del tren en la madrugada.

Pasó mi niñez, mi adolescencia y mi juventud. Hoy en una etapa algo difícil gozo de algunos privilegios: tengo buena salud, una familia unida, nietos y bisnietos, puedo viajar, salir con

amigas y si Dios lo permite, actuar nuevamente en teatro. ¿Se puede pedir más a mis ochenta y ocho años?

Siento todo esto como un regalo, entonces al recordar mi infancia pienso que la vida es hermosa y que no se puede ni se debe desperdiciar un solo momento de nuestra vida.

SÁBADO

Como todos los sábados tengo ante mí el panorama de la soledad.

La casa está silenciosa, pongo música para escuchar algo, o radio para oír voces, será hasta el lunes cuando toda actividad comience.

No estoy triste, sé que llenaré mis horas, saldré un rato para hacer las compras, leeré, cuidaré mis plantas o saldré con amigas a tomar café.

Ahora está lloviendo finito, recuerdo cuando niña Mamá hacía unas masitas que se llamaban maravillas, eran una fiesta las tardes de lluvia.

Estoy mirando el jardín, las flores que caen, la tarde que comienza a morir, trato de ocuparme en algo, no quiero caer en la melancolía.

UNIÓN

Vive en mi casa, me acompaña, es dulce, tranquila, yo hablo mucho, ella me mira con sus ojos claros, me escucha, se da cuenta cuando no estoy bien.

Hace nueve años que está conmigo, siempre atenta, cuando salgo y no la llevo me espera, la amo, la mimo.

Cuando a veces sale, hasta que no regresa estoy intranquila pero no puedo cortarle su libertad.

No dormimos juntas, pero siempre está cerca, adivina mis dolores o mis angustias.

Siempre tranquila: cuando vienen mis amigas, participa.

No sé qué haría si ella se fuera o le pasara algo.

¡Ah! se las presento.

FRIDA: mi gata.

POR CARLOS HÉCTOR LAPENTA

YO NO TUVE BARRIO

Mi pueblo hace rato que dejó de ser pueblo. Ahora es una gran y próspera ciudad. Era una ciudad incipiente con pretensiones cuando yo, aún en mi niñez, comenzaba a recorrer sus calles. ¿Cuánto asfalto habría en aquellos tiempos? Cien, ciento veinte cuadras... quizás, pero a poco de salir del casco céntrico las calles de tierra ya conformaban parte del panorama urbano. Ahora, a la distancia, recuerdo cuando en los días lluvia el olor a tierra mojada llegaba al centro con una fragancia diferente, pura y fresca para perfumar toda la ciudad.

Mi pueblo se caracterizó por su gran plaza principal, esa que en su entorno cobijaba a la Municipalidad, la iglesia, los bancos Nación y Provincia y las avenidas que servían de accesos o egresos del pueblo. Accesos que siempre estaban abiertos para dar la bienvenida a cualquier forastero que quisiera visitar nuestro pueblo, único e insuperable para nosotros.

Ese sentimiento era auténtico, aunque yo no tuve barrio. Apenas una céntrica cuadra que hoy me saluda reconociéndome

como su vecino más antiguo y donde todavía sigo pisando sus baldosas y tropezando con los mismos cordones, manteniendo entre ambos la misma fidelidad por algo más de seis décadas.

Esa cuadra de viejos fresnos, a los que ya no puedo trepar para jugar como antaño, porque los dos crecimos, ellos para fortalecer su robustez; yo, como claro ejemplo del tiempo que fui sumando.

Esa cuadra era, y actualmente también es, el centro de la ciudad. Ese centro de cualquier ciudad que impide la formación de un barrio. Ese centro que quita identidad barrial para convertirse casi en el punto de referencia de todo el pueblo. Por eso, después de varias décadas y cuando ya la nostalgia nos golpea a cada rato, queda ese sabor insípido y esa pregunta sin respuesta ¿Por qué yo no tuve barrio?

¿Por qué no puedo enorgullecerme por la defensa de mi barrio? Si mis amigos, los que sí lo tenían, dejaban su último aliento y todas sus fuerzas para defenderlo con indisimulada pasión. Yo no podía contar anécdotas barriales, como sí lo hacían ellos con la sabia picardía que aprendían en sus barrios.

Yo no tuve barrio, apenas una cuadra, la que me dio a la comisaría y a la plaza principal, como única referencia. Esa plaza, a la que siempre desafié, atravesándola desde el Banco Provincia hasta la agencia Ford, (hoy Bingo) corriendo sin parar desde la casa de mi abuela hasta mí casa. ¡Qué orgullo, siempre le gané!

Ella sigue tan imponente como antes, pero más rejuvenecida y posiblemente desde su mutismo sea ella quien, ahora me esté desafiando. Pero no aceptaré su reto.

Esa plaza de cuatro hectáreas, que al sacudirme la nostalgia me recuerda la “vuelta del perro”, ese desfile incesante de vecinos que las noches de verano caminaba a su alrededor y que las noches de invierno, arropados de la cabeza a los pies repetían el mismo ritual, pero esta vez, caminado por la vereda de enfrente aprovechando las paredes para protegerse del frío.

Eran tiempos donde había más gente que automóviles, donde cruzar la calle no era una tarea de osados y donde esa “vuelta del perro” aceptaba los lazos de amistad, porque en cada cruce el saludo era una reverencia. Era un verdadero culto al respeto.

Esa “vuelta del perro” que los señores de entonces hacían con sobretodo y sombrero, del brazo y por calle como dice el valsecito, mostrando con orgullo la excelencia de su matrimonio. Esa vuelta que yo pocas veces recorrí, pero que recuerdo como imagen de ensoñación cuando desde la ventana de mi casa veía pasar tanta gente como si fuera una manifestación. Hasta que de repente y ya casi cuando a la tradición la devoraba el tiempo, acompañé a un amigo, esperando que se decidiera a confesarle su amor a Mirta.

Yo no tuve barrio y ayer como hoy sigo aquejado de la misma ausencia. Sólo la plaza, esa que a pesar de lo grande que es, nunca se abrió para cederme un lugar propio, como sí lo hizo con monseñor Conti, al que gustosamente le cedió el banco que frente a la iglesia protegían los ceibos. A mí y a mis amigos nada, aunque no le guardo rencor. Siempre supe que no podía ser su dueño porque era la plaza de todo el pueblo.

Duelen esos recuerdos cargados de nostalgias. Yo no tuve barrio. Sólo una céntrica cuadra de la que recuerdo a tres amigos, los que vivíamos sobre la misma vereda y nos permitía patear una pelota de papel, que no importaba que se fuera a la calle porque los coches que circulaban por ellas eran tan escasos que nos sobraba el tiempo para cruzar y recuperarla.

Sólo tuve una céntrica cuadra, donde los fresnos que hoy ocupan todo el cantero de la vereda exhibían un flaco y tierno tallo, ofreciéndonos, además, un pedazo de tierra para que con nuestra bolita más cachuza despuntáramos el vicio de jugar con ellas en el más ingenuo de los entretenimientos de aquellos tiempos.

Esa cuadra, que en tiempos de mi niñez tenía más oficinas que comercios. Por suerte había paredes libres donde podíamos apoyar las figuritas y si lográbamos tapar una nos llevábamos el

pozo, o cuando hacíamos “espejito” que ya no era solo victoria sino que tenía sabor a gloria.

Yo no tuve barrio ni vecinas que en las primeras horas de la mañana cuchicheaban en la calle con la escoba en la mano. Yo no tuve barrio y mi lamento suena fuerte. No fui de ninguno, yo no tuve identidad barrial. Créame, al que tuvo barrio, yo lo envidio.

¡Qué emoción, tuve una regresión!

(Lea bien, dice regresión y no otra cosa)

POR GLORIA MATAZZA DE BACCA

Decidí contar una parte de mi vida que me marcó para siempre, porque en muy poco tiempo un dolor inmenso, casi, casi curó con felicidad, esa felicidad que hizo que volviera a sonreír y tener ilusiones.

Bueno, paso a contarles de qué estoy hablando, hace ya algunos años, más de treinta, decidí venirme a vivir a Chivilcoy. Digo venirme porque vivía en un pueblo muy chiquito llamado Coronel Seguí y con el apoyo económico de mis padres me instalé aquí. Mi profesión es peluquera, logré tener un salón y empecé a trabajar. Me sentía muy bien, así transcurrió mi tiempo.

Un hermoso día conocí al amor de mi vida, ese amor que hoy es mi marido, mi compañero de vida y el padre de mis hijos. Tiempo después formamos nuestro hogar, mi deseo más grande era ser mamá. ¡El deseo se hizo realidad, estaba embarazada!, mi bebé llegaría en la primavera del año 1986 y así, el primero de Octubre de dicho año, supe lo que era una contracción; pero...

pero... cuando llegué al sanatorio, se supe que mi bebé había cerrado sus ojos dentro de mi vientre, antes de salir a esta vida.

El dolor de ese momento marcó mi vida para siempre, creo que es el dolor más grande para una mujer. Jamás podré borrar esa noche de mi vida.

Volví a mi casa con los brazos vacíos e inundada por una tristeza inexplicable, pero siempre estuve contenida por el amor de mi marido y de mi familia.

En esos momentos más que nunca me aferré a mi fe cristiana y así, a los trece meses y dos días, nació Julián; un bebé hermoso, grande, lleno de vida, que trajo a la mía parte de esa felicidad perdida. Llevarlo en mis brazos era lo más.

Julián crecía y pedía un hermanito. Y aunque el reloj biológico estaba por marcar mi etapa final para ser madre, me animé; y un 21 de Julio de 1993 con mucho frío, nació Luciano ;me sentí muy dichosa! Verlos a los dos a mi lado, sentí que era realmente feliz.

Por eso cuando hablo de mi vida como mamá, suelo decir que en esa parte tuve una ilusión y dos milagros. La ilusión es un ángel en el cielo, con quién algún día me encontraré. Y los milagros, son estos hijos que hoy ya son dos hombres que me llenan de orgullo.

BIOGRAFÍA DE MIS CLIENTAS

Chichí: mi primer clienta, y vecina, del salón. Muy simpática y súper educada, de mediana estatura y cabellos muy canosos. Llegaba con una caja de color azul llena de rúleros y su matizador Fanci-full color ceniza. Todos los viernes por la mañana se colocaba sus rúleros, por supuesto después de matizar sus cabellos, terminando el trabajo con una red de color roja que los sostenía. Y así, con una sonrisa, se retiraba diciendo ¡Hasta el próximo viernes o antes si no me puedo peinar!

Victoria: mi clienta más fiel, en cuanto nos conocimos aceptó mis sugerencias para cambiar su corte y color.

Un buen día muy contenta me dijo: Gloria, se casa mi hijo y soy la madrina ¿Me vas a peinar y maquillar? Fue un gusto hacerlo.

Siempre conforme, confiaba tanto en mí que convenció a la nuera, o sea a la novia, para que la peinara y demás arreglos.

Llego el día del casamiento, cuándo las vi en el altar ¡Qué bien me sentí! ¡Tarea cumplida!

Las mellizas Tamara y Gisela: ¡Por Dios, qué trabajito! Llegaron de un pueblo vecino, muy simpáticas y con toda la alegría de esas edad y del momento que vivían.

Así comenzamos. Primera aclaración: sus peinados debían ser diferentes, las pautas fueron muy difíciles, cambiaban de opinión continuamente.

Días previos a la fiesta, Tamara le cortó el pelo a Gisela, según ellas las puntas. Lo peor era que Gisela llevaba peinado lacio, con mucha paciencia le acomodé el corte.

Llegó el día de la fiesta, peiné y maquillé a Tamara. Era la más inquieta, la modista la esperaba para adelantar su trabajo, pero Tamara quería presenciar el arreglo de su hermana. No recuerdo bien pero un momento quedé sola con Gisela y terminé el trabajo.

Yolanda: ¡Qué linda persona! Llego a su casa a cortar el pelo, siempre me ofrece un mate. Mientras realizo mi trabajo me cuentas sus anécdotas, siempre me habla de sus épocas de juventud. Nos reímos mucho juntas.

Su único requisito ¡bien cortito, Gloria, así me puedo peinar sola! Cuando me retiro siempre corta una flor de su jardín y me la regala. Sus gestos siempre transmiten cariño.

POR DAMIÁN RIGGIO

2014

A María del Carmen,

la reina de mi universo,

mi compañera fiel,

mi amiga incondicional,

mi esposa.

Y también a ella,

que hace posible

que todos mis sueños se vuelvan realidad,

la dueña de mis sonrisas,

la que día a día me enamora más y más con su ternura.

A Alma, mi hija.

Si tuviera que contar mi vida, me aburriría comenzar a hacerlo desde mi niñez, desde allí donde comienzan mis recuerdos. Prefiero, sin embargo, tomar un año, pero no cualquier año, sino el más significativo de todos, el 2014. Más no voy a

comenzar desde el brindis del 1 de enero, lo voy a hacer desde uno de los días más importantes de ese año, el 29 de junio.

Fue domingo, sí, un domingo gris, frío, apagado. Desde la noche anterior que los nervios no me dejaban en paz. Junto a mi entonces novia (hoy esposa) albergábamos la duda de un embarazo. Recuerdo que a las 3 de la madrugada le pregunté si quería que vaya a alguna farmacia de turno a comprar el test y me dijo que no, que ya era tarde y que mejor me acostara a dormir. Por la mañana, a eso de las 11, recibí una llamada en mi celular, era mi mamá quien me informaba que lo iban a internar a mi papá porque no andaba bien de salud. No me sorprendió demasiado, puesto que no era la primera vez que mi viejo caía internado a raíz de sus enfermedades. Tenía diabetes, EPOC, problemas cardíacos y renales y hacía como dos años y medio que se realizaba diálisis de manera periódica. También sabía que aquella internación podía ser la última, puesto que su estado de salud había empeorado bastante por aquellos días. Y así fue, el 29 de junio del 2014 fue la última vez que internaron a mi papá, que falleció el 10 de julio, luego de haber estado ocho días en coma y tres en una sala común.

Luego del llamado de mi mamá, salí a comprar el test de embarazo para mi novia y, de paso, fui al trabajo de mi hermana (que me quedaba a una cuadra de la farmacia) para avisarle de la

internación de papá. Regresé a la casa de mi novia, le dije que le había comprado el test de embarazo y que se lo iba a dejar en la mesita de luz para que ella se lo hiciera en cualquier momento. Luego nos comenzamos a preparar para ir a almorzar a la casa de mis suegros, pero yo tenía previsto algo más para ese día...

Mientras mi novia estaba sentada en la cama, delineándose los ojos, me senté a su lado y con el corazón latiéndome a diez mil pulsaciones por segundo, le dije “Estés o no estés embarazada, yo me quiero casar con vos”. Ella me miró y noté que no reaccionaba, que seguía como si le hubiera hecho un comentario, por ejemplo, acerca del clima. Pero aquello no era ningún comentario ni nada por el estilo, por lo tanto, le dije “¿Sabés qué es esto? Una propuesta”. Automáticamente sus ojos se iluminaron, se llenaron de lágrimas, nos abrazamos y nos dejamos caer en la cama. Ella seguía sin responder, así que le pregunté “¿Qué me vas a contestar? ¿Te querés casar conmigo?” y me dijo “¡Sí!”

Después de habernos recuperado de la emoción le dije que hacía como veinte días que estaba pensando en proponerle matrimonio y que hacía dos o tres se me había ocurrido hacerlo ese domingo. Sólo fue cuestión de esperar a que apareciera el momento oportuno para hacerlo y listo.

Luego de haber ido a almorzar a la casa de mis suegros, volvimos y nos acostamos a dormir una siesta, el día se prestaba para eso. Después de varias horas, nos despertamos con una llamada de mi mamá, que me preguntaba si podía ir al hospital a quedarme un rato con papá, así ella iba a su casa, le dije que sí.

Antes de irme y todavía en la cama, mi novia me dijo que se iba a hacer el test de embarazo. Yo me quedé sentado en la cama, esperando el momento del resultado, rogando que pasen los minutos, los eternos minutos en los que uno se está por enterar si su vida va a cambiar para siempre al convertirse en padre o si sólo fue una falsa alarma. Antes de lo previsto, María abrió la puerta del baño (que está frente a nuestra habitación) y me llamó para que lo vea por mí mismo. Me asomé y arriba de un banquito que tenemos estaba la cinta reactiva con dos líneas color púrpura fuertemente grabadas en ella, esas dos líneas que me daban la hermosa noticia de que mi vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados al convertirme en padre... Padre... Papá... Qué palabra rara... sobre todo cumpliendo la función de adjetivar mi nombre... Damián-papá... No lo podía creer. La emoción se apoderó de mí, liberé todas mis tensiones en un incontrolable llanto mezcla de alegría, nerviosismo y estrés y abracé a mi novia. Papá... ¡Iba a ser papá!

Luego del festejo y con la emoción que parecía no tener fin, me abrigué y, montado en mi moto, me fui rumbo al hospital a relevar a mi mamá, pero antes pasé por su casa a buscar unas cosas y le conté a mi hermana la noticia del casamiento. No quería decir nada acerca del embarazo hasta que no sea algo seguro. La noticia le cayó bien, se alegró mucho y, no sé cómo hizo, pero adivinó que María estaba embarazada. Al igual que mi mamá, a quien le di la noticia a las dos horas, cuando volvió al hospital.

Ese fue uno de los días más importantes de mi vida, el 29 de junio de 2014. No fue hasta después de un tiempo en el que me di cuenta de todas las emociones que viví ese día, muchos sentimientos encontrados, tristeza, miedo, nerviosismo, incertidumbre, felicidad, plenitud, vacío, soledad...

Hoy, a más de dos años de aquel día, me siento la persona más feliz del mundo, compartiendo mi vida junto a la mujer a la que amo, aquella persona con la que vivimos tres años de amistad y con la que de un día para el otro nos pusimos de novios, a los cuatro meses nos enteramos de que íbamos a ser padres y a los ocho meses de noviazgo dimos el “Sí, acepto” en el Registro Civil. Ser padre (no sólo de Alma, que tiene un año y medio, sino también padre “del corazón” de Agustín, de doce años) es la mejor experiencia que me ha tocado vivir, cada día me siento más

entregado a mi familia y sé que no podría vivir sin ellos. A pesar de no tener mi vida organizada, ordenada, arreglada, solucionada, me siento completo al estar con ellos. A pesar de las diferencias y los enojos que puedan llegar a surgir a veces, son lo más preciado que tengo. Por este motivo es que decidí escribir estas líneas, hablando del día en el que la familia Riggio-García comenzó a forjarse.

POR MIRTA SANTUCCI

LA “MESA DEL CAFÉ”

¿Cómo empezar a contar esta historia?

Hay muchas “mesas de café”. Tantas, que a veces pienso que esta práctica merece ser declarada patrimonio intangible de la comunidad. Se trasmite de época en época. Me imagino cuántas mesas existieron con personajes pueblerinos, famosos o no.

Hay muchas “mesas de café”, pero ésta tiene un encanto especial. Ya tiene algunos años pero carece de acta de fundación. Surgió de manera impensada, como un descanso en el cruce de caminos de una escuela a otra. Día, martes. Lugar, Bonafide. Era una especie de terapia con una amiga para recobrar energías y continuar con la tarea diaria. Una hora y cada una seguía con lo suyo. Se sumó otra compañera y pasamos al miércoles. Ya éramos tres. Al año siguiente se incorporaron dos, luego otros y así sin querer seguimos sumando.

Pasó el tiempo, el grupo creció. Era casi la prolongación de la sala de profesores del Nacional. Creció tanto que debimos trasladarnos y así comenzamos a rotar por distintas confiterías: la

Pampa, Lozana, Gimnasia y el estacionamiento medido nos empujó al Club Colón. De los jueves pasamos al viernes y de los dos integrantes originarios llegamos a veinte, más las visitas esporádicas. Y con certeza, llegarán otros.

En ese continuo transitar hubo pérdidas que dejaron huellas en nuestros corazones y las nombro porque es una manera de llenar el vacío: Mirta, María Gloria, Eduardo y ausencias como la de Horacio. Tuvimos días grises donde la congoja y la impotencia nos invadieron pero logramos superarlos y la alegría volvió. Increíblemente nunca se suspendió “la mesa del café”.

En ella se detiene la prisa, las preocupaciones ceden lugar a charlas amenas. Las voces se entrecruzan, se superponen. Si estás en una punta seguro te perdés lo que se cuenta en la otra. Los cumpleaños, viajes, las nuevas jubilaciones, son pretextos para festejos y reuniones extras. Pasamos un rato agradable, revivimos recuerdos y proyectamos acciones futuras. Entre los temas, la educación está a menudo presente pero así como antes eran los noviazgos, casamientos, nacimiento de hijos, ahora tomaron protagonismo los nietos, las jubilaciones, los distintos usos del tiempo libre, las reflexiones sobre la realidad.

Cada uno aporta lo suyo. Está aquel que presta su oreja a problemas, el que pone cordura a los arrebatos, el que siempre tiene un comentario positivo o alentador para hacer, el que

organiza o coordina, la contadora, el poeta, las fotógrafas... El que aporta (o mejor dicho, aportaba) su sentido de humor y hace reír, el que tiene el dato justo; el que habla, se descarga, queja y despotrica contra el mundo, mientras el otro escucha y sostiene. En ella se refuerzan vínculos entre profesores y alumnos, hoy todos colegas en ese círculo de pertenencia que es la docencia. Como diría mi tocaya: qué mesaza!

Parafraseando a Discépolo: mesa del café, “me diste en oro un puñado de amigos”.

Y la expresión “nos vemos en el café” seguirá convocando a tal hora, tal día y en tal lugar para revivir el rito semanal del encuentro, de la celebración de la amistad.

MATAR LA LUNA A TIROS

(убить луну выстрел)

Me llamo Sergey Petrov, ruso de nacimiento. Vine a este país “a la aventura”. Quería salir del pueblito perdido en el tiempo. Era el mayor de una colección de nueve hijos de una familia campesina que perdió muy temprano al jefe, mi padre. Muchas dificultades y necesidades pasamos. Un día, oí hablar a un paisano de un país – Argentina- con un futuro promisorio y me pregunté ¿por qué una parte de él no puede ser mío? Y desde entonces, ella se transformó en una obsesión.

Pude viajar y llegué al puerto de Buenos Aires un día que ya no recuerdo.

Mucho bullicio había en el puerto. Gente que iba y venía. Algunos eran esperados y otros - como yo- engrosamos la fila de los desesperados. Desde entonces comenzó una odisea. Días vacíos, sueños trancos, caminos sin rumbos y desaliento cotidiano. No encontré acá a ningún paisano. No podía entablar una conversación con nadie, algunos se alejaban cuando quería hablarles. No sabía cómo comunicarme con los míos. No entendía los carteles de anuncios... Muchos no, tantos como para enloquecer.

Terminé mendigando para subsistir. Al final, para alcoholizarme. Sí, me transformé en un “borracho” (пьяный) para aliviar penas y frustraciones. Vivía la mayoría de los días en la calle. No recuerdo mucho qué hacía: esa capacidad de olvido te la da el alcohol. Pero también él es responsable de que esté en un lugar raro. Un día subí al tren y ahora estoy aquí. Casas grandes de puertas abiertas, gente rara (algunos me dan miedo), idiomas desconocidos, médicos, sonidos feos...la tristeza me penetra la piel. Solo encuentro paz en la huerta pues me trae el recuerdo de mi casa, de mi juventud. Ironía del destino: Sergey significa pastor y Petrov, piedra. Pero es mentira que las piedras sean duras y resistentes al tiempo, ellas también se desgranar y diluyen en la nada.

Dicen que me trajo la policía y estoy aquí por “loco”. No entiendo mucho. Escribieron algo sobre mí en un gran libro. No pude contestar preguntas porque no sé qué decían. Me tomaron las huellas pero no hay foto mía. Es como si no existiera. Por las noches, salgo al parque. Me instalo en una hamaca – su movimiento me recuerda cuando mi madre me acunaba- y me paso horas hablándole a la luna (total estoy “loco”). Tengo memoria, recuerdo. Le cuento de mis tristezas, de mis nostalgias por la familia. Les hablo a cada uno porque yo sé que ellos la ven todas las noches. No los puedo olvidar. Espero respuestas que no

llegan. Es para enloquecer. Cuando me enojo quiero "убить луну выстрел" ("matar la luna a tiros"). Después ruego que siga brillando en el cielo, si no enloqueceré. La necesito como la noche al día. La duda que me asalta es ¿hasta cuándo permaneceré aquí? Y si salgo ¿adónde iré?

POR MARÍA CLELIA SORIA

SIGO SIENDO NIÑA

Soy bisabuela y me gusta ser niña. La llevo conmigo a todos los sitios a donde voy. A esa niña la tengo aquí, sentada en mi falda, la acuno en mi regazo y juega con mi gata negra vestida con la ropita de bebé de mi hermana menor...

Sentada en el zaguán de filigranas verde, amarillas blancas y bordo, juego a la payana. El sillón con resortes flojos me sostiene, mientras con mis padres, elegimos nombres para la que después sería Stella Maris, mi hermana. Este es un recuerdo fuerte de mi infancia y gracias a la vida, hoy camina a mi lado.

LA NIÑA QUE ME HABITA

Los niños, pueden ser crueles, y no fuimos la excepción.

Frente a nuestra casa, vivía una nena algo menor que nosotras. La vida le negó saber quién era su padre biológico. La subíamos a una pared de un metro y medio de altura que enmarcaba un porche y le decíamos cosas horribles como las que paso a detallar:

–Negrita, hasta que no nos digas el nombre de tu papá, no te bajamos. (La niña lloraba y sufría, mientras nosotras disfrutábamos casi en forma morbosa)

Otro recuerdo macabro es el del juego al que llamábamos "ALE-HOP". Consistía en colocar la cabeza del algún niño (infortunado), entre las piernas del ejecutante de la proeza. Este, jalaba las manos por la parte de atrás de las piernas de la presa, tirando con fuerza para que el niño girara y cayera de pie. La mala suerte quiso que la persona que llevaría a cabo esta prueba, fuera casi de la misma estatura que el infortunado que giraría y saldría airoso de la hazaña. No fue así. Por supuesto, la cara del infortunado raspó contra el piso desparejo de ladrillos, ¡saquen conclusiones!

Don Ramón: hombre entrado en años y en pelos. Kiosquero canoso, tenía en un rincón del comedor del Hotel Pringles, su venta de diarios. Tipo trece horas, mi papa nos mandaba a sus "Ángeles patudos", a buscar La Prensa, La Nación, La Nueva Provincia, Live o Selecciones (cómo leía el viejo). Las traviesas diablillas nos escondíamos por debajo del mostrador y con una pluma, comenzábamos a hacerle cosquillas a Don Ramón, que hacia una pequeña siestita.

El incauto kiosquero se pasaba la mano, como ahuyentando alguna molesta mosca. Al ratito, otra vez la pluma y nosotras, ahogadas por la risa. De repente, una de las dos, en formas muy rápido, le tiraba los vellos de las orejas o de la nariz. Pobre Don Ramón... nunca nos descubrió o tal vez prefirió callar antes que perder a un cliente "tan lector".

La Titina llegaba a la esquina de nuestra casa en un sulky que ataba al poste de la luz. Desde allí, hacia los mandados para luego regresar al campo. ¿Qué hacían las niñas? Cargábamos a nuestras amigas y salíamos a recorrer el centro de la ciudad saludando a diestra y siniestra. Pobre el caballo que caminaba horas sin descanso, porque después de nuestro periplo, debía volver al campo. Ese mismo recorrido lo hice en una camioneta

Chevrolet Apache de mi papá, solamente movida por el impulso del arranque. Y sin saber manejar.

¿Quién rompió el elástico de la cama de mis padres? ¡Yo! Y "todas mis amigas" que entraban por la ventana, después que mi mamá cerraba la puerta con llave, cuando iba a trabajar y, por supuesto, cinco minutos antes de que llegara, el malón salía, por la misma ventana. Un aciago día, Liliana F. cayó de cabeza sobre el espejo grande y circular del toilette (era como una luna llena). Por supuesto que se hizo añicos. ¿A quién le echamos la culpa? Al pobre gato (como si mi mamá lo hubiera creído).

Se aproximaba el "Día de la madre". Feliz ocurrencia hacerle un alfilerero rojo, donde primorosamente ostentaba, bordado con hilo blanco y en punto cadena, la palabras "mamá". Lo triste fue que la blusa roja de viyela que mi madre iba a estrenar ese día, quedó con dos enormes círculos vacíos en la parte de atrás, que recorté marcando el contorno de un plato de postre. Grandes los agujeros.

POR STELLA MARIS SORIA

JUGANDO AL DOCTOR

Flamencos disecados,
roscas de estetoscopios
jeringas, tubos de ensayo
y un gato enjaulado
que simulaba ser un tigre,
para ser usado de experimento.
Una jeringa gigante extraería sangre del gato,
y la inyectaría a un plátano gigante
con la esperanza que a las ramas...
¡le salieran pelos!

Se sentían los corazones agitados,
expectantes y alucinados
de otros niños.
Y yo, con un guardapolvo blanco
era una doctora.

La doctora que nunca fui.

Calle E. Mitre,

ciudad Coronel Pringles

hija de Dominga Carmen,

hermana de María Clelia y Eduardo José,

e hija...

del Dr. Eduardo Enrique Soria.

EL MAGO

Cobrábamos entradas,
de eso estoy segura.
Nunca supe si era un circo o un teatro.

Arturo Carreras
con una picardía exultante
embelesaba a todos
en su sueño dorado de mago.

De una mesa hecha a medida
sacaba pañuelos, pelotas, juguetes,
nos conmovía a todos.

Yo, era una odalisca
que bailaba al ritmo de mi hermana
y sus amigas tarareando
la danza del fuego.

Mario Merlino, con su rostro colorado
era el ayudante del mago.

Alicia López despóticamente nos manejaba
con voz intolerante. Fascinaba con su cara de mármol.

El mago... nos abandonó un día
blandiendo nostalgias,

en nuestros pequeños corazones;
hoy evocan al escritor que creo,
siempre lo habito en sus delirios locos.

BAJO UNA ILESA PIEL

“Al comienzo no me daba cuenta lo que hacía, hasta que me enteré, vendo merca para zafar. Es un trabajo como cualquier otro, no creo que me agarre la cana. A los pibitos los encanuto con el paco, me deja buena guita. Recuerdo a Marquito, ese pibe morochito y medio tuberculoso que estaba loco por el paco, no vivía sin el paco, se murió por el paco. Vivía cerca de la boba, que ni droga quiere vender, prefiere la roña y la mugre.

El éxtasis se los doy a los emperifollados del otro lado, porque la colocan mejor, tienen eso que a mi falta. La merca se vende sola. No me siento mafioso, es mi trabajo. Pensar que maté a cinco, eso me dio chapa.

¡Pará! ¡Ya voy!

Cacatúa. Tiene un naso ese soplón, en cualquier momento lo marco con la navaja. A este lo van a agarrar por boludo y gritón. Ni sé cómo lo aguanta la Renga. ¡¡Jajá!! De culear se quedó renga y ahora se metió con el nariz aspira merca.

¡Pará che! ¿No ves que estoy limpiando el caño?

Aprendí con el Bestia, cuando era pibe. Me dio un 32 mm, un faso y salimos. De ahí en más no paré. Esta bueno porque te entra plata fácil y mucha. Ya les compré un departamento a mis viejos y a la Chini y los pibes los tengo en un country, por si acaso, si me agarran están cubiertos. La Chini sabe usar el banco y deposita y usa tarjeta. Les hace creer a todos que tiene fábrica de ropa de trabajo, es una grossa. Quién va a sospechar. Yo la mando de primo de ella. Le digo a la Chini que no engorde, en el country son flacas, si sigue gorda se van a dar cuenta. Lleva pastillas en las mochilas de los chicos cuando van a la escuela, es piola, los mezcla con plastilinas de colores. Esas cosas tienen las mujeres. Pero el otro día, cuando el Juancho (el de siete) se clavé una, quedó drogui y lo internaron. Cuando lo veía que se me moría, tuve ganas de pegarla una trompada a la Chini. Le vieras los ojitos como los tenía dados vuelta. Parece drogado decían los doctores. ¡No! ¡No!, decía la Chini, en mi casa no hay pastillas. Bueno, eso ya pasó.

Ahora somos una banda, el Colorado es el jefe y esta acomodado con un político y la cana. Cuando entra la merca vamos por el río escondidos entre los yuyos camuflados y

volvemos en bote. Unos bolivianos muy rápidos nos dan los paquetes embolsados y absolutamente nadie se da cuenta porque vamos de noche y la policía nos deja zona liberada. Ahí vamo' y vamo', después el político cobra su coima para desentenderse de todo. A ellos les conviene también porque de esta forma juntan guita fácil.

¡Ya voy nariz! ¡Ya voy!

El colorado es muy piola, es abogado y la conoce toda completa. Lo conocí de casualidad, cuando me agarraron choreando y caí con los 'gorra', el me salió de abogado y nos hicimos amigos.

¡Qué tipo! es un capo. Enseguida me entendió y ahora trabajo con él. Tiene un Honda negro de alta gama. Es un señor, y para colmo la novia es una modelo que esta pa' voltearla; pa' mí que no sabe en qué anda el Colo.

A mí no me importa que me usen de cadete, porque es una banda organizada. Si yo gano re bien. Qué me importa lo que levantan ellos. El único problema es cuando hay choque de narcos. Esos hijos de puta no te dejan ni un centímetro adentro de su zona. Hace un mes le metieron dos tiros en la cabeza al Chato por querer vender en una zona que no era la nuestra, y sabía el muy boludo. Acá si no tenés código sos boleta. Yo tengo

código, igual voy cargado son una de 9 mm, pero ahora no uso arma para matar, la llevo por las dudas. Soy un tipo importante y respetado por los narcos. Son muy respetuosos. Es un buen negocio. Lo bueno es que yo zafo de drogarme.

A mis hijos si los veo con falopa los cago a golpes, los mato creo. No saben lo malo que es para la salud. Pobres hijos míos. Yo estoy hasta las manos ahora, me importa una mierda si la gente se droga, cuanto más se droguen mejor va el negocio ¿eh? ¡¡Jeje!!

ÍNDICE

STELLA MARIS AMBRUSSO	PÁG. 9
CLAUDIA GABRIELA BORNAND	PÁG. 11
BETTY ARIZAGA	PÁG. 15
GRACIELA BUSTOS	PÁG. 21
ZULMA CAVALIERI	PÁG. 23
NADIA CECHA	PÁG. 27
LUCAS DAMIÁN CORTIANA	PÁG. 29
CARLA DE LILLO	PÁG. 31
DANIEL DÓLERA	PÁG. 33
PATRICIA EDITH GRAZIADEI	PÁG. 35
MARTA IZAGUIRRE	PÁG. 39
AIDA LA SCALA	PÁG. 41
CARLOS HÉCTOR LAPENTA	PÁG. 45
GLORIA MATAZZA DE BACCA	PÁG. 51
DAMIÁN RIGGIO	PÁG. 55
MIRTA SANTUCCI	PÁG. 61
MARÍA CLELIA SORIA	PÁG. 67
STELLA MARIS SORIA	PÁG. 71

IMPRESO EN CHIVILCOY

200 EJEMPLARES